

Fundamentos de la ética sexual

En un artículo reciente el Dr. Meyer afirmaba que «la contraposición popular entre amor y odio, es demasiado burda. La frase "haz el amor y no la guerra" significa, muchas veces, haz el amor, que es una forma mucho más divertida de hacer la guerra. Al silenciar las posibilidades que tiene lo sexual de deslizarse hacia lo agresivo, se abre camino a nuevos tabús y nuevas ideologías»¹.

Y es que al enfrentarnos con la sexualidad conviene evitar dos extremos opuestos: el de un miedo excesivo, como si se tratara de algo perverso y pecaminoso en su misma naturaleza, o el de una inocente ingenuidad, como si no se ocultasen en ella serios peligros. El sexo se ha manifestado siempre como una fuerza compleja y paradójica, como realidad animal y cargada de humanismo, puede vivirse como un lugar para el gozo y la alegría o conducir a la amargura, a la catástrofe, al fracaso; ser comunión o lejanía, inocencia o perversidad.

Nos encontramos, por tanto, ante una realidad buena y, al mismo tiempo, peligrosa, redimida por la gracia de Cristo, pero cuya liberación no es todavía definitiva. El hecho de esta ambigüedad, que desde una perspectiva humana y religiosa puede constatare, hace necesaria la ética como una función protectora, como un intento de encauzar esta fuerza instintiva.

RADICAL INSUFICIENCIA DEL INSTINTO

La historia de las costumbres sexuales aporta una conclusión significativa. A lo largo de todas las culturas, y a pesar de las

¹ A. E. MEYER, *Consecuencias de la «destabuización» sexual*. Selec. Teol., 11 (1972), 359.

manifestaciones diferentes y de las ideas religiosas o profanas que las sustentan, se ha encontrado siempre una cierta normatividad. Ni siquiera en los pueblos primitivos, donde la sexualidad produce la impresión de vivirse en un clima salvaje, sin prescripciones que limiten su expresividad más espontánea, la libertad de comportamiento es plena, sino que se halla sujeta por múltiples normas de todo tipo: religiosas, culturales, higiénicas o convencionales². Los fundamentos en que se apoyaban resultan para nosotros desfasados, y se han ido superando con el progreso de las ciencias, pero el hecho está ahí: determinadas trabas han impedido siempre el ejercicio anárquico del sexo. Y es que, en el fondo, se ha dado una intuición más o menos consciente, pero cuya objetividad no es posible ponerla en duda: la radical insuficiencia del instinto para regular un comportamiento ético y humano.

Todos sabemos que el niño es un ser profundamente egoísta desde el punto de vista psicológico y que reacciona en función de sus propias necesidades cercanas e inmediatas. Lo único que le interesa es satisfacer sus exigencias de cualquier tipo en el momento en que experimenta la necesidad o siente el vacío de una respuesta. Como no tiene perspectivas de cara al futuro y el campo de visión se reduce al presente, con su mínimo de posibilidades, la renuncia a la satisfacción momentánea provoca el malestar y la frustración, que patentiza de tantas maneras. Si él pudiera organizar su conducta de acuerdo con sus deseos más íntimos, todo quedaría subordinado a gratificar lo antes posible las apetencias que experimenta. El final de este proceso llevaría a una deshumanización progresiva, pues la motivación de cualquier comportamiento se basaría, como última razón, en la búsqueda del placer que apagara exclusivamente su propia necesidad. La conducta humana quedaría, entonces, sometida al puro egoísmo de su instintividad, eliminando los otros valores que pudieran dignificarla.

² M. ELIADE, «Chasteté, sexualité et vie mystique chez les primitifs», en *Mystique et Continence*. Bruges, 1952, pp. 29-50. A. TÜLLMANN, *Vida amorosa de los pueblos naturales*. Barcelona, 1963. F. HERRMANN, «A través de las diversas culturas», en H. GIESE-V. E. F. GEBSEL, *Psicopatología de la sexualidad*. Madrid, 1964, pp. 53-134. R. BASTIDE, «Sexualidad entre los primitivos», en *Estudios sobre sexualidad humana*. Madrid, 1967, páginas 73-101.

EL CAMINO PARA UNA MADURACION HUMANA

Esta base egoísta es un elemento imprescindible para la educación, pues sin ella no existiría ningún estímulo eficaz para el desarrollo educativo del hombre. La falta de un dinamismo como este supondría no sólo un obstáculo psicológico, sino hasta un síntoma de patología por la ausencia de algo fundamental en la estructura humana. Pero aceptar su importancia no supone una devaluación de la tarea ético-pedagógica. Al contrario, sin esta función orientadora, los ejes fundamentales de la psicología humana provocarían una conducta anárquica y caótica. El trabajo educativo debe aprovechar la dinámica interna del instinto, pero para regularlo en función de un destino superior, más humanizante, al que debe subordinarse el propio comportamiento.

Lo más característico de una educación humana radica precisamente en el sometimiento a una satisfacción diferida, retardada más allá de su llamada inmediata. Si el animal puede satisfacer sus propios impulsos a un ritmo instintivo y esta conducta queda ordenada por la teleología específica de cada uno, en el ser humano no es posible semejante regulación, sino que precisa el aprendizaje para moldearlos según una cierta organización valorativa. La satisfacción alimenticia deberá sujetarse a un horario determinado, en las funciones biológicas tiene que alcanzar un cierto dominio, la renuncia al goce de un capricho o el abandono para un tiempo posterior aparecerá como una urgencia educativa. Nada sería más funesto para el niño que dejar su vida abandonada al querer de su instinto. De ahí brota la necesidad de una ascesis, no ya como un lujo religioso, sino como una exigencia irrenunciable en la maduración personal.

Es importante que esta maduración se acepte como una historia, como una génesis que se prolonga a lo largo de la vida, sobre todo en sus primeros años. El niño no es un hombre en miniatura, como si encerrara en un estadio latente o escondido todas las potencialidades humanas posteriores. Su capacidad es más bien de tipo embrionario, porque guarda desde sus comienzos una capacidad innata que no podrá germinar mientras no encuentre un ambiente adecuado. Sucede lo mismo que con el lenguaje. Las posibilidades de expresarnos es anterior al idioma, pero éste no resulta viable si no existe una cultura que lo facilite y condicione. La educación a cualquier nivel requiere también un clima apto, y

todos los psicólogos están de acuerdo en que no es posible crearlo sin una base profunda de cariño. La seguridad suficiente para aceptar las frustraciones inevitables y el premio de las renunciaciones que supone el control de la conducta tiene que encontrarlo el niño en el amor de sus padres.

FINALIDAD DE LA ETICA SEXUAL

La sexualidad no escapa tampoco a este presupuesto elemental. El instinto que la regula tiene también, en sus comienzos, una dosis fuerte de egoísmo, de agresividad, de anarquía incontrolada, cuya existencia latente se manifiesta ya en las diversas etapas infantiles por las que atraviesa. A partir de la adolescencia, cuando el sexo se asoma de una manera explícita, la libido adquiere una determinada configuración que orienta hacia la búsqueda complementaria de la otra persona. En la misma experiencia masturbatoria, a no ser en caso de estancamiento o regresión, hay un deseo oculto de comunión y solidaridad incipiente, pero esta llamada instintiva sigue dotada de un carácter perverso en cuanto que busca al otro como un objeto de placer, como una forma de dominio y posesión, como un instrumento subordinado a la propia necesidad. El egoísmo puede camuflarse —y de hecho así sucede con frecuencia— bajo unas apariencias superficiales, ya que no es fácil eliminar por completo una cierta tendencia afectiva que interesa mantener, incluso de una manera inconsciente, para no herir la imagen narcisista de sí mismo, pero una simple mayor sinceridad o un conocimiento más a fondo de esa región sombreada descubrirá actitudes llenas de infantilismo e inmadurez.

El peligro de quedarse en la periferia del sexo es evidente, y la posibilidad de vaciarlo de contenido no es utópica. La vida descubre con abundancia que el engaño, en este terreno, se encuentra con la misma frecuencia que en el de la palabra. Al fin y al cabo, aquí también se trata de aprender un lenguaje que sepa expresar la verdad de los sentimientos, y más todavía que en la conversación, resulta tentador muchas veces evadirse con una mentira.

La moral busca, por tanto, la humanización de la libido, purificarla de sus componentes agresivos y mentirosos, convertirla en una fuerza dócil e integrada, en una palabra expresiva como vehículo de encuentro y relación personal. Habría que decir que las mismas exigencias psicológicas, necesarias para una madura-

ción, se convierten en imperativos éticos. Vivir la sexualidad como una forma oblativa y amorosa es la meta suprema de la psicología, a la que aspira también la moral. La aceptación libre y responsable de los fallos evolutivos es lo que entonces designaríamos con el nombre de pecado. Si el vocabulario es diferente, la idea de fondo es la misma en ambas perspectivas: hacer del sexo una palabra de amor. Por ello la ética es una mediación que no es posible ahorrar en la vida, si no queremos la destrucción humana de la persona.

Para que el otro no sufra violencia se requiere una purificación, que condicione la posibilidad del amor. En este sentido, las alabanzas de Freud para toda la corriente ascética cristiana no nace de su fe, ni de su aprecio al catolicismo, sino de su admiración por la riqueza psicológica que ha podido traer a la humanidad:

«La libertad sexual ilimitada, concebida desde un principio, no conduce a mejores resultados. Nada cuesta comprobar que el valor psíquico de la necesidad amorosa desciende desde el momento en que la satisfacción resulta fácil. Para que la libido crezca hacen falta obstáculos... En las épocas en que la satisfacción amorosa no ha encontrado dificultades —como parece ser el caso al declinar la civilización antigua—, el amor ha perdido todo valor, la vida se ha vuelto vacía y han hecho falta fuertes reacciones para restablecer los valores afectivos indispensables. Desde este punto de vista, cabe afirmar que el ascetismo cristiano ha creado, para el amor, todo un conjunto de valores psíquicos que la antigüedad pagana no había sabido conferirle. Esta corriente ascética alcanzó su significación más elevada en los monjes...»³.

LIMITACIONES DE LA ENSEÑANZA TRADICIONAL

Lo que hemos afirmado supone una consecuencia de gran interés para evitar una concepción de la moral demasiado extrínseca. Es el peligro que hemos tenido en otros campos, como si las normas que rigen la conducta humana se impusiesen al margen de la realidad o tuviesen que construir un mundo paralelo al que vivimos y no consagrar y promover sus mismos valores internos y específicos.

El trabajo ha sido, por ejemplo, para la espiritualidad cristiana, una fuente de mérito y perfeccionamiento espiritual. Su cualificación ética residía mucho más en la motivación subjetiva para

³ S. FREUD, *La vie sexuelle*. París, 1969, p. 63, publicado con anterioridad en «Contribution à la psychologie de la vie amoureuse», *Rev. Fran. de Psychan.*, 1 (1936), 14.

aceptar su aspecto penoso y obligatorio, como fruto del pecado, que no en descubrir su significado profundo, como fuente de riqueza en una economía al servicio de la sociedad⁴. La moral no podría limitarse a un recuerdo de las obligaciones dimanantes del horario o de la justicia laboral, sino que tendría que explicitar, como auténticos imperativos, otras exigencias inmanentes de mucha mayor amplitud. El trabajo pediría una moral, pero que no fuese otra cosa que la manifestación del sentido inscrito en su naturaleza. Lo mismo diríamos al tratar de la sexualidad. Si ésta se inscribe en una estructura exclusivamente relacional fuera del matrimonio y, dentro de él, añade una dimensión fecunda, las normas éticas intentarían encauzar la conducta de tal manera que tuvieran de verdad este significado. No pueden pedir más de lo que la propia esencia del sexo exige y revela.

Las enseñanzas de la Iglesia han intentado siempre denunciar la ambigüedad oculta en estos comportamientos, pero el defecto mayor de sus normas tradicionales no ha sido el rigorismo o la desconfianza excesiva en que se gestaban, sino los presupuestos aceptados, como fundamentos de su normatividad, que no tenían una forma oblativa y amorosa es la meta suprema de la psicología en cuenta la dimensión de la sexualidad humana. Una moral nueva, por llamarla de alguna manera, no puede caer tampoco en la ingenuidad y su formulación, en muchos puntos, será más severa que la de otras épocas. Pero las exigencias que imponga partirán de una visión más completa e interna de la misma realidad sexual.

De ordinario, al hablar de estos temas, se aceptaba como punto de partida que cualquier placer venéreo, al menos fuera del matrimonio, era esencialmente pecaminoso, y que, dentro de la relación conyugal, debería quedar abierto siempre a una posible procreación, pero un planteamiento de este tipo tiene dos inconvenientes fundamentales.

VALORACION INEXACTA DEL PLACER

En primer lugar, ninguna clase de placer, por el simple hecho de ser placer, se puede catalogar como pecaminosa. La satisfacción que produce no es nada más que el signo de la plenitud que acompaña a una actividad sensible, de tal manera que si dejara en la conciencia un sentimiento de vacío y frustración no se podría

⁴ Ver, por ejemplo, P. CHENU, *Pour une théologie du travail*. París, 1965.

considerar como una sensación placentera. Intentar eliminarlo a toda costa de nuestra existencia sería síntoma de una estructura muy cercana a lo patológico. La ética no puede denunciarlo por el simple hecho de existir, más bien habría que desearlo como expresión y estímulo de una conducta madura y equilibrada. Si tenemos que enjuiciarlo negativamente desde una perspectiva moral, la razón de esta condena se fundamenta en motivos diferentes a la mera existencia del placer.

Nadie puede negar los riesgos inherentes a toda experiencia placentera⁵. Esta plenitud de la sensibilidad es una invitación a sumergirse en ella y a valorizarla de tal forma que el placer aparezca como un absoluto de la vida. Una actividad sensible se ha hecho objeto de la felicidad humana. Lo que es un fin secundario, un aspecto accidental, una adjetivación de la conducta, se diviniza como valor supremo. Este engaño es real y no puede marginarse. El hombre está tentado, cuando experimenta el calor del placer, a convertirlo en un ídolo, pero su pecado no nace de la satisfacción producida, sino del gesto idolátrico con que lo acepta y lo adora. Desmitificar las múltiples formas con las que el hombre absolutiza el placer ha sido una tarea básica de la moral de todos los tiempos.

Ahora bien, para evitar este peligro no podemos declararlo como radicalmente malo, negándole su propio valor. Esta condena absoluta que le imponemos manifiesta que somos muchas veces culpables de superestimarlos en demasía. Al tener miedo de que se convierta en todo, queremos desprestigiarlo hasta su completa eliminación. Como siempre, las dos posturas extremas han negado el sentido de la misma realidad: ni el hedonismo exagerado, ni el ascetismo morboso, acepta la función y el valor del placer en la existencia humana.

Si hacemos una aplicación a otros campos concretos de la actividad sensible, tal vez comprenderemos mejor la postura que deseamos mantener ante el placer sexual. La alimentación, por ejemplo, tiene una finalidad biológica manifiesta. Se busca dar a las células las sustancias necesarias para su desarrollo y reproducción. El placer de una buena comida no es indispensable para satisfacer las necesidades orgánicas del cuerpo, sin embargo, nadie

⁵ CH. DUQUOC, *Réflexion théologique sur la sexualité*. Lum. et vie 19, número 97 (1970), 89-108. J. M. POHIER, «Recherches sur les fondements de la morale sexuelle chrétienne», *Rev. Scien. Phil. et Théol.*, 54 (1970), 3-23 y 201-226. Puede verse un resumen en *Selec. de teol.*, 10 (1971), 261-279, especialmente las pp. 265-269.

acusa como una perversión el procurar que los alimentos sean apetecibles al gusto y provoquen una dosis de bienestar y satisfacción. Mientras el comer o la bebida se mantenga dentro de una finalidad humana, el placer que de ahí se derive no será nunca pecaminoso. El pecado tendrá lugar en la gula o en la borrachera, cuando la satisfacción obtenida sea el único y supremo valor que se busca. Una acción así no puede considerarse como buena, y el placer que le acompañe tendrá también que valorarse como un gesto negativo ⁶.

Hablar entonces de placeres legítimos puede resultar un lenguaje ambiguo, pues parece que el no adjetivarlos de esa manera es un signo de su malicia intrínseca. Ni siquiera su legitimidad proviene de que esté al servicio de otra función, como recompensa permitida por haber conseguido otra finalidad. El placer, dentro de su ambigüedad y con los peligros que encierra, es un fenómeno éticamente neutro. Cuando se idolatra, esta actitud de adoración es una mentira, y aceptada libremente por el hombre se convierte también en un pecado. Y si brota de una conducta perversa, el placer queda herido por esa misma malicia. Pero mientras no se absolutice como valor supremo o acompañe a un comportamiento malo, el placer debe considerarse como bueno, e incluso podría buscarse por sí mismo, aunque como una meta pequeña y limitada.

Así el problema no está en saber si hay que aprobarlo o condenarlo, sino en juzgar la actividad de la que es inseparable o en descubrir el valor que el hombre le concede. Si «donde está tu tesoro, allí está tu corazón», el placer podría levantarse como un testimonio que revelara la postura engañosa de nuestro interior. Si un comportamiento sexual lo consideramos pecaminoso no basta decir que es por el placer que produce, sino que se requiere un análisis más a fondo para saber por qué se clasifica como tal. La única explicación posible radica en lo que hemos afirmado: o la búsqueda del placer se vive como objetivo básico de la felicidad o es consecuencia de una acción que degrada la conducta humana. El pecado no dependerá tanto del placer, cuanto de la actitud con que el hombre se acerque o de su aceptación en determinadas condiciones ⁷.

⁶ «Idem est iudicium de delectatione et de actione. Operationae bonae, est delectatio bona, et malae, mala», S. TOMÁS, *Summa Theologica. Suplem.*, q. 49, a. 6.

⁷ J. E. KERNS, *Les chrétiens, le mariage et la sexualité*. París, 1966, páginas 105-129, donde recoge abundantes testimonios históricos sobre este punto. Y la síntesis de B. SCHLEGELBERGER, *Rapporti sessuali. Prima e fuori*

INSISTENCIA EXCESIVA EN LA FECUNDIDAD

En segundo lugar, la concepción más clásica, que sintetizábamos antes, resulta también bastante incompleta, pues el placer quedaba reducido a su aspecto puramente genital o se aceptaba sólo por su finalidad procreadora. Y tanto uno como otro criterio no abarca todo el campo de la sexualidad, sino que deja en penumbra abundantes zonas, donde la ética puede y debe aportar una iluminación.

La insistencia en la fecundidad ha sido un dato permanente dentro de toda la tradición cristiana. El acto matrimonial parecía quedar justificado sólo y cuando estuviera abierto a la procreación. Por eso, era prerrogativa exclusiva del matrimonio y cualquier obstáculo a esa función se consideraba como gravemente pecaminoso. La dificultad mayor en esta formulación nace de su carácter limitado. La sexualidad aparecía sólo como una fuerza reproductora y el hijo venía a ser el precio exigido por la experiencia gratificante del acto conyugal. Ya sé que no siempre se ha formulado la ética con esta crudeza exagerada, pero leyendo los manuales que acentúan con tanto énfasis esta dimensión, surge una sospecha muy seria de que lo único, o al menos lo que más interesaba, era la salvaguarda de una orientación semejante. Con tal de no cerrarse a la procreación dentro del matrimonio, cualquier conducta parece permitida con tal de estar más o menos vinculada con esa finalidad.

La casuística giraba siempre en torno a esta preocupación fundamental. La discusión sobre la licitud de los períodos agénésicos, del *amplexus reservatus*, o de los métodos anticonceptivos, las normas sobre los gestos preparatorios o sobre las motivaciones requeridas para el acto conyugal, el tema de las obligaciones y derechos mutuos y toda la problemática, en una palabra, que circunda al matrimonio, se examinaba a la luz de esta perspectiva procreadora. La acusación contra este unilateralismo no ha podido ser negada ni siquiera por los defensores más acérrimos de la moral tradicional⁸.

del matrimonio. Roma, 1973, pp. 40-57, sobre la valoración del placer en la tradición.

⁸ El mismo ZALBA acepta que, al hablar del amor, los teólogos anteriores «non penitus ignoraverunt, etsi momentum ei minus quam hodierni attribuerint et parcius de eo egerint», *De dignitate matrimonii et familiae fovenda*. Per. de re mor. can. et lit., 55 (1966), 399. J. FUCHS cree, sin em-

Ahora bien, para vivir el sexo en un clima humano y con toda su riqueza profunda ¿basta insistir en su orientación hacia la fecundidad? La experiencia demuestra que para regular una conducta sexual no es suficiente la aplicación de este principio. Más aún, habría que defender que tampoco es el de más importancia. Si todo quedara normalizado por la búsqueda posible del hijo, el matrimonio podría llegar a vivirse como una especie de prostitución: el encuentro de dos personas que satisfacen su necesidad mediante el pago de un compromiso fecundo en lugar de dinero. La expresión un tanto exagerada, para hacer caer en la cuenta de las posibles y lógicas consecuencias, no pertenece al mundo de la fantasía. ¡Cuántas veces la vida matrimonial, en perfecto acuerdo con la regla, es causa de graves y profundas frustraciones! La mujer, sobre todo por sus características peculiares, puede experimentar con más fuerza un sentimiento de cosificación grande, como si se tratara de un instrumento que se utiliza cuando resulta necesario. La violación psicológica, cuando el amor no produce la mutua entrega, es más dolorosa y repugnante que la misma violación corporal. Si la felicidad no se alcanza, es por no existir una primera exigencia fundamental: que el acto sexual, antes de ser fecundo, tiene que ser unitivo y amoroso. De lo contrario, no se ve cómo la simple institucionalización social de la comunidad y la procreación posterior puedan justificar una conducta vacía de cariño.

Es verdad que todo esto podía estar de alguna forma presente en la tradición anterior, pero nunca se explicitaba con claridad, y este olvido mantenía la conciencia tranquila, aun cuando la relación hubiera perdido su dimensión más personal. De hecho, muy pocas personas se sienten culpables por falta de cariño verdadero en su vida sexual y son muchas las que se preocupan exclusivamente por el valor de la procreación, según las normas recibidas, para no caer en pecado. Hasta la misma terminología mantiene un significado restringido. Haber usado mal del matrimonio es sinónimo, en las confesiones, de poner un obstáculo a la procreación. ¿Es que es la única forma deshonesta de vivir la relación conyugal? La poca importancia otorgada a las exigencias del cariño es tan llamativa, que no creo que existe ningún documento eclesástico en la enseñanza secular de la Iglesia donde se afirme, como se ha hecho por vez primera en la *Humanae vitae*, que todo

bargo, que «theologia saeculorum minus vel vix... attendebat». *De castitate et ordine sexuali*. Roma, 1963, p. 42.

acto que no nazca del amor va contra el recto orden⁹. La ética del placer sexual no puede reducirse, por tanto, al aspecto procreador del matrimonio.

REDUCCION A LA ESFERA DE LO GENITAL

Algo parecido podríamos afirmar cuando nos referimos a las orientaciones morales que deben dirigir el diálogo entre el hombre y la mujer. La ética tiene que ir más allá de la pura genitalidad, y en toda relación sexuada pueden darse actitudes que, sin repercutir para nada en la zona genital, constituyen un comportamiento deshumanizante. El encuentro entre sexos diferentes es posible que adquiera muchos matices utilitaristas. La búsqueda del otro no interesa como persona, sino como un motivo de gratificación solitaria, aunque ésta afecte sólo a la psicología y no produzca resonancias a otros niveles. Si el interés que despierta el compañero se sustenta por la utilidad que reporta, o crea una actitud doblada sobre sí mismo para instalarse en el gozo que no se comparte, los gestos de comunión entre ambos a través de las palabras, de las miradas o de la sonrisa, están manchados en sus raíces. Por muchas expresiones de cariño que se tengan, se da en el fondo una falsificación que impide el auténtico diálogo humano.

Es, sobre todo y fundamentalmente, la intencionalidad del individuo lo que se debe esclarecer cuando juzgamos una manifestación de este tipo. El ansia de posesión y dominio, el deseo de subordinación, la cosificación de la persona, la superficialidad de un pseudo-cariño, son algunas de las múltiples formas con que la relación sexuada se destruye. Cualquier expresión, aunque a primera vista parezca ordenada, es capaz de llenarse con un falso mensaje y transmitir una mentira. A veces ni siquiera interesa hacernos del todo conscientes, pero esa ignorancia no llega a eliminar la impureza que en ella se encuentra. Y el término de impureza no alude aquí a lo estrictamente venéreo. Significa la adulteración de un gesto humano, la caricatura de un rostro que no responde a los rasgos auténticos del amor.

⁹ «Homines enim merito animadvertunt, usum matrimonii alteri coniugi impositum, nulla ratione habita eius status eiusque iustorum optatorum, non esse verum actum amoris, atque adeo iis adversari rebus, quas circa necessitudines inter coniuges moralis recte postulat ordo.» *H. V.*, núm. 13.

Lo dicho no significa un abandono completo de las normas tradicionales. Para regular el comportamiento de estas acciones, llamadas indirectamente venéreas¹⁰, se analizaban principalmente el peligro, más o menos remoto, que tenían de provocar una excitación genital y la causa más o menos justificante que pudiera existir para ese riesgo. La combinación de estos factores, en sus diferentes grados, motivaba una serie de orientaciones concretas que podrían multiplicarse indefinidamente. La problemática sobre los bailes, besos, caricias, espectáculos, lecturas, miradas, etc., estaba tejida con esta mentalidad. El cuerpo humano, y hasta el de los mismos animales, aparecía escrupulosamente dividido en zonas anatómicas, valoradas de acuerdo con su mayor peligrosidad, y según fuese el sentido que sobre ellas actuase, el juicio ético resultaría positivo o negativo¹¹. Además de los consejos objetivos de una mayor validez universal había que tener en cuenta la situación personal del individuo. Y entonces lo que para uno estaría permitido no lo sería para otro, o ni siquiera para él mismo en otras circunstancias.

Lo más significativo de una valoración como ésta reside en la importancia desmesurada que se otorga al aspecto genital, como si la sola excitación venérea constituyese la única fuente de pecado. Algunos autores llegaban a defender que la simple aceptación de este riesgo, aunque no se consintiese en el placer si tenía lugar, era ya motivo de falta grave¹². Todavía hoy la censura de ciertos espectáculos se centra fundamentalmente sobre estos aspectos, que si hay que tenerlos en cuenta, no pueden ser los únicos ni los más relevantes¹³. Y es que nos queda mucho camino por delante para convencernos de que el amor, en tales manifestaciones, es lo que ocupa el primer puesto, y de que una mirada o cualquier otro signo

¹⁰ El nombre clásico era de acciones «impúdicas», acciones que, por otra parte, pueden ser buenas, meritorias y limpias, pero que se las designaba así con un sentido peyorativo.

¹¹ La casuística, según estos principios, era de una prolijidad exhuberante hasta el extremo. La vista y el tacto, sobre todo, se consideraban desde todas las perspectivas posibles y daban lugar a una larga enumeración de pecados más o menos graves, que se pueden leer en cualquier manual. Precisamente por las concretizaciones tan minuciosas resulta curioso observar la relatividad de los juicios morales, que aparecen en las diferentes épocas históricas.

¹² Las controversias sobre este punto pueden verse, por ejemplo, en J. FORD-G. KELLY, *Problemas de Teología moral contemporánea*, vol. I, páginas 133-144. Santander, 1964.

¹³ El condenar la violencia y el crimen y no convertir a la mujer en un objeto de consumo, como sucede con la publicidad, tal vez sea más necesario y mucho más importante, a la larga, que evitar sólo algunas escenas.

puede ser pecaminoso, aun cuando no tenga relación con algo venéreo. En este sentido, las normas tradicionales mantienen un carácter orientador. Cuando en una relación sexual, donde lo genital no tiene por qué estar presente, se despierta también esta última dimensión, habría que pararse con sinceridad para ver lo que ello significa. Si se trata de una consecuencia natural no querida ni aceptada y sin mayor importancia, si es un indicio de inmadurez o falta de integración, o si es en el fondo lo que más se desea y anhela en el trato con la otra persona. Una reacción así puede ser el síntoma que nos ayude a discernir la verdad y transparencia de nuestra relación ¹⁴.

SIGNIFICADO VERDADERO DEL PUDOR

A la luz de estas consideraciones deberíamos enfocar todos los problemas que constituyen la barrera y defensa de la castidad. Me refiero, en concreto, a toda la temática en torno al pudor, cuyo análisis auténtico se hace imprescindible para descubrir su sentido en la vida sexual.

Como mera fuerza instintiva el pudor no tiene lugar en el campo de la ética. Santo Tomás así lo admite, cuando lo considera como una pasión que provoca cierta vergüenza en relación con lo sexual ¹⁵. Es un mecanismo psicológico de defensa, una reacción espontánea, que obra automáticamente como un freno frente a impresiones o posturas que pueden dañar la sensibilidad. Tampoco tiene que confundirse con un sentimiento de vergüenza casi patológico, que pudiera explicarse por razones diferentes a una motivación virtuosa. Su función en el hombre tiene una exquisita finalidad, pues intenta mantener el clima de intimidad necesario para que el sexo no pierda su misterio y su candor humano. Ocupa un lugar intermedio entre la desvergüenza sin límite y la mojigatería absurda e ignorante.

El hombre no podría vivir si no tuviese un espacio acotado en su propio interior, que permanece ajeno a toda clase de publicidad y cuya entrada sólo está permitida a personas y en momentos especiales, que calificamos como íntimos ¹⁶. Cuando nos encontramos

¹⁴ A. ALSTEENS, *Dialogue et sexualité*. París, 1969, pp. 20-27.

¹⁵ STO TOMÁS, *Summa Theologica*, II-II, q. 144 y 145.

¹⁶ Ver el artículo de B. PETERS, «La valeur morale de l'intimité personnelle», *Studia Moral.*, 2 (1964), 191-254, sobre todo en su segunda parte, donde realiza un análisis fenomenológico de lo que supone la intimidad.

en una situación que invita a revelar nuestro dentro y ante una persona con la que podemos compartir nuestro secreto, nadie experimenta dificultad en abrir su interior para ser conocido completamente. Es una alegría comunicar a otro lo que nadie sabe y hacerlo depositario de nuestra intimidad, de esa región oculta sobre la que ninguna persona puede hacer valer sus derechos. Descubrir lo más hondo e íntimo del corazón es siempre un regalo y una señal de confianza, que sólo se entrega en ocasiones. Todos sentimos algo de compasión y lástima frente a esas personas ingenuas, que están dispuestas siempre y en cualquier momento a manifestar, sin reservas de ninguna clase y a la primera persona que se presenta, sus vivencias, sentimientos o problemas más reservados. Parece que ahí falta una especie de barrera que haga resaltar el valor profundo del misterio personal. Es más, si esta conciencia del propio misterio desapareciese y el hombre tuviera la impresión de que puede ser observado por todos, hasta conocer las regiones más ocultas de su intimidad, nos encontraríamos ante un síntoma evidente de una patología esquizofrénica. El hombre normal es el que puede guardar y encubrir su vida interior, el que tiene un mínimo de personalidad. Y persona, para los griegos, es sinónimo de máscara, que el actor utilizaba en sus representaciones. Sin este mínimo de ocultamiento, que no es hipocresía, no se da la normalidad.

La ética del secreto profesional y la condena absoluta de cualquier medio para entrar en la conciencia ajena u obligar a una revelación no querida encuentra aquí su más firme fundamento. No mantener el secreto, que sólo a una persona se le había entregado por un motivo peculiar, o penetrar sin consentimiento libre en el otro, sería la profanación de un misterio que todos tenemos la obligación de respetar, sin que exista ninguna razón que justifique el atropello de la violencia inferida. Siempre nos tendremos que conformar con lo que cada uno quiera descubrirnos, y aunque existiera una verdadera obligación de comunicar lo que se oculta, nunca esta falta convertiría en lícita una confesión a la fuerza. Es lo menos que se debe de pedir cuando hablamos de la dignidad y del valor de la persona.

A un nivel más pequeño, esta valoración de la intimidad la experimentamos con mucha frecuencia. La sensación que produce el que otra persona ajena haya leído unas cuartillas secretas u oído una conversación mantenida de manera confidencial, despierta siempre un cierto rubor y confusión, además de otras reacciones

normales. Lo que se dicen, por ejemplo, dos enamorados, no es para amplificarlo con altavoces, y no porque sea algo malo, sino porque aquello no está destinado para los demás ni puede ser descubierto por la indiscreción o el engaño. Hay cosas que sólo son entendidas por aquellas personas a las que deseamos comunicárselas, y la mera intromisión de otras distintas es suficiente para que el clima de confianza desaparezca. La intimidad queda herida por la presencia del que no ha sido invitado, ni se desea hacerlo. Hay un pudor psicológico que impide una abertura total y para todos, y que no deja curiosear, cuando se ha manifestado la conciencia.

RESPECTO DE LA CORPORALIDAD HUMANA

La sexualidad no escapa tampoco a esta misma dinámica. El pudor sexual oculta aquello que, aunque sea bueno, no se debe manifestar por el momento hacia afuera o a cualquier persona. Es una exigencia con raíces biológicas, pero que descubre la significación supra-utilitaria del cuerpo humano, que no está hecho para convertirlo en un objeto de placer, de entretenimiento, o en una forma de comercialización. Por eso, hay momentos en que la desnudez no tiene nada de impúdico cuando está motivada por razones serias y humanitarias, y el vestido puede, sin embargo, constituir un atentado contra el pudor, si lo único que intenta es ofrecer el cuerpo como una mercancía. Buscar un conocimiento mayor de él para utilizarlo con criterios egoístas es también una violación de la persona, que degrada su propia dignidad. El respeto a ese recinto humano de la corporalidad está impuesto por el valor expresivo que contiene y, por ello, no se encuentra en el mundo de los animales y de los niños, donde el cuerpo no alcanza este nivel de expresión.

Las manifestaciones corporales tienen que vivirse como un don responsable, como un gesto de amor encarnado, aunque no alcance la entrega plena del matrimonio, y, por tanto, no pueden jamás desvincularse de la persona que las entrega y de la persona que las recibe. Están cargadas de un lenguaje que no debería convertirse en burla hiriente o en sarcasmos. Y la única palabra válida que se afirma en las miradas, conversaciones y caricias, es la del respeto y aceptación del otro como persona. Lo contrario sería caer en un esteticismo formal, donde el buen decir y el estilo re-

tocado, si es que se vive al menos con un mínimo de educación, encubre una vaciedad de contenido.

Impúdico, según esto, es toda forma de comportarse que, al acentuar el sexo, disminuya el valor de la persona y aumente el peligro de consificarla. Lo mismo que el pudor psicológico protege el centro íntimo del hombre, el pudor sexual mantiene una atmósfera de respeto y reverencia hacia el cuerpo. Y de la misma forma que una apertura psicológica permanente sería insoportable, la falta total de pudor acabaría también por destrozar la interioridad del sexo. Si directamente es una defensa de la sexualidad, indirectamente supone una protección de la persona con ella vinculada¹⁷.

Cuando el amor, por el contrario, realiza la comunión plena con el otro, ya no hay razón para temer la conducta indiscreta que pisotee los valores personales. El deseo está orientado hacia el bien de la otra persona, que no podrá sentirse utilizada, ni experimentar, por tanto, la necesidad de ocultarse como medida precautoria. El sentimiento de vergüenza ha sido absorbido por la cálida fuerza del amor. Si el pudor no desaparece por completo, es porque queda un remoto peligro de que esa mayor facilidad se desvíe hacia otras formas menos legítimas de comportamiento y de que el egoísmo intentara aprovecharse de la confianza y libertad otorgada.

EL AMOR COMO BASE Y CONTENIDO DE LA MORAL

Para no caer en estas limitaciones apuntadas, nuestro punto de partida coloca al hombre en el centro para hacer de su sexualidad una relación amistosa que, cuando se viva en el matrimonio como entrega y comunión genital, quede también orientada hacia la procreación. Esto significa que el eje de toda la ética tiene que ser el amor. La afirmación tal vez resulte demasiado abstracta y subjetiva, y hasta podría considerarse como una escapatoria para el libertinaje sexual. Camuflados bajo capa de amor, estamos asistiendo a una serie de atropellos impresionantes y de conductas mentirosas. Y es que una de las asignaturas más difíciles de aprender es el arte de amar¹⁸.

¹⁷ K. WOJTYLA, *Amor y responsabilidad*. Madrid, 1969, el capítulo sobre la metafísica del pudor, pp. 193-214.

¹⁸ Recomendamos el pequeño libro de E. FROMM, *El arte de amar. Una investigación sobre la naturaleza del amor*. Buenos Aires, 1970.

Cuando decimos que el sexo tiene que llenarse de cariño y de ternura, no conviene crear ambigüedades ni confusiones. La imagen del amor, que se dibuja en nuestra sociedad, es muchas veces una auténtica caricatura, un producto falsificado de su verdadero rostro. Tal vez cuando descubramos su contenido nos daremos cuenta que la meta de una moral sexual sigue estando muy alta, aunque los caminos que a ella conducen no sean siempre exactamente los mismos que recorríamos con anterioridad. ¿Qué significa de verdad amar a una persona?

EXIGENCIAS FUNDAMENTALES DEL AMOR: NECESIDAD DE UNA PURIFICACION PROGRESIVA

Lo primero que deberíamos recordar es la impureza e ilegitimidad de todo amor en sus comienzos. Es el equívoco tan corriente de que el hecho de amar se confunde con la experiencia de sentirse querido. El hombre nace en un estado de orfandad impresionante, incapaz de valerse por sí mismo para cubrir las mínimas exigencias biológicas que experimenta. Pero por encima de ellas tiene una serie de necesidades mucho más importantes y fundamentales. Me refiero a toda la alimentación psíquica imprescindible para la salud, evolución y equilibrio del ser humano, sin la cual el niño queda condenado a una anemia psicológica. No es el momento ahora de concretizar estas condiciones básicas para la vida humana¹⁹, pero todos tenemos experiencia, incluso en una edad posterior, de que, sin determinadas gratificaciones afectivas, el existir en el mundo se hace insoportable. Necesitamos sentirnos acogidos de alguna manera, no sufrir el rechazo de aquellos que nos rodean, experimentar, con otras palabras, el calor y la presencia de un cariño que no haga de nuestra existencia un lugar inhóspito. Estas funciones son las primeras que debe realizar el hogar. Si el niño comienza a querer a los que le cuidan es únicamente por la gratificación que le producen, al llenar sus necesidades primordiales conscientes o inconscientes y por la utilidad que aquellas personas le comportan. Amar equivale a ser amado.

Esta primera experiencia se repite después con posterioridad. Lo único que sucede es que, a medida que vamos siendo mayores,

¹⁹ Aunque sus orientaciones van dedicadas a la vida religiosa, el contenido es válido en su totalidad para todos. Cf. J. EVOY-V. F. CHRISTOPH, *Desarrollo de la personalidad en la vida religiosa*. Madrid, 1967.

se aprende mucho mejor a encubrir el egoísmo radical e ingenuo de los niños, pero es posible también decir que se quiere a una persona cuando el amor está motivado fundamentalmente por lo que ella me interesa, me sirve, me aporta o me gratifica. En esos casos empleamos una palabra mentirosa para ocultar la verdadera realidad. La persona queda instrumentalizada en función de mis intereses, la quiero en tanto en cuanto pueda aprovecharme de ella, se busca lo que me da, y a ella la acepto, en el fondo, como un simple instrumento de transmisión. A una actitud como ésta, aunque tenga gamas muy diferentes, lo único que le queda de cariño es el nombre con que la designamos.

BUSQUEDA DE CARACTER EXCLUSIVO Y ORIGINAL DE LA PERSONA

Hablar de amor no es posible hasta que no caminemos en busca del carácter único, exclusivo y singular que lleva cada persona, para quererla por lo que ella es y no por lo que tiene, manifiesta o comunica²⁰. Esto supone un auténtico drama en su sentido etimológico, es decir, una acción, un progreso constante, que lo mismo que se ha operado a un nivel universal —desde el hombre primitivo de las cavernas hasta nuestra cultura actual— tiene que recorrer su camino en cada persona. Es un proceso por el cual se da una purificación, que aleja cada vez más del propio egoísmo para poner en el tú ajeno el centro de gravedad de nuestra existencia. Se descubre poco a poco que el interés no recae sobre lo que el otro tiene o posee, lo que hace o consigue, sino que la atracción se orienta hacia lo intransferible y exclusivo del otro. Por ello no es posible transferir el amor a otra persona, aun cuando reproduzca las mismas expresiones, cualidades y valores de la anterior. A una madre no se le puede reemplazar al hijo muerto por otro de idénticas características. Y es que cuando el amor se dirige de verdad a la persona, ésta ya resulta insustituible en lo más íntimo de su ser. Se la quiere y acepta por su originalidad irreplicable. No hay posibilidad de sustituirla por ningún «doble».

El amor va más allá, por tanto, de las cualidades que el ser amado posee. Es verdad que cuando se quiere a una persona, se

²⁰ Además del libro citado de E. FROMM, puede verse el capítulo sobre el sentido del amor de V. F. FRANKL, *Psicoanálisis y existencialismo*. México, 1950, pp. 159-216. J. GUITTON, *L'amour humain*. París, 1948. P. LAÍN ENTRALGO, *Sobre la amistad*. Madrid, 1972.

desea para ella lo mejor, que se haga portadora de toda clase de valores, y la alegría de verla cubierta con este ropaje de cualidades es benéfica y altruista. No es el provecho que pudiera obtenerse de su inmensa riqueza humana. Es que cualquier cosa parece pequeña al corazón del amante para la gloria y felicidad del amado. Pero también, y si cabe con más fuerza, el cariño seguirá existiendo, aunque no tuviera o se quedara sin nada, porque el amor no se apoya ni sostiene ya sino en lo más íntimo de su ser, en aquello que permanece como intransferible, como algo que nunca falta, ni desaparece.

Cuando se ha penetrado hasta el fondo, la misma superficie es querida y aceptada como es, con sus aspectos positivos y limitaciones, pero no tanto por el valor intrínseco que pudiera tener, sino por tratarse de una realidad que pertenece a la persona amada y a través de la cual se nos manifiesta. El amor verdadero no es ciego, como a veces se dice. Al contrario, su visión es tan aguda y delicada que ninguna otra puede descubrir lo valioso que se oculta detrás de la superficie. Lo que menos le importa es la fachada, y si ante ésta también se siente extasiado, es porque, allá dentro, habita alguien que ha sabido llenarla de su propio valor, de su encanto y majestuosidad. La mirada del amante no es frívola, como la de cualquier espectador, capta la belleza de lo externo porque penetra hasta el esplendor incomparable de la persona, y como ello le ha servido de camino introductorio, también lo busca, lo estima y lo desea. Es el dulce recuerdo que flota sobre los lugares, objetos y cosas que han sido tocados por la presencia de una emoción.

Creo que aquí se encuentra el punto decisivo de cualquier análisis sobre el amor. Hay que mantener a la persona en el centro de esa vivencia y saber que, cuando todo lo demás que posee —belleza, cualidades, simpatías, inteligencia, riquezas, poder, etcétera— interesa por sí mismo o por su utilidad, es que no valoramos lo único que tiene más importancia. Las capas externas han podido servir para despertar el deseo de un conocimiento profundo, para ir descubriendo el misterio de su interior, y hasta como un estímulo para continuar la difícil aventura, pero una vez que se haya gustado su existencia, el amor no necesita más fundamentos. El riesgo que existe es querer a la persona en función de sus valores, pero desde el momento en que esto suceda ya no queda sitio para un amor personal.

TOTALIDAD DE LA ENTREGA

De igual modo, el amor nunca lleva a la entrega de lo que constituye lo accidental y periférico de mi persona. La donación de aquello que tengo sería demasiado superficial si no simbolizara la entrega de algo mucho más profundo. Si para querer a los demás bastara desprenderse de ciertas cosas, pero reservándose el corazón, el cariño se transformaría en una máscara farisaica, en un gesto de disimulo. Cuando S. Pablo dice que cualquier acción, por extraordinaria que fuese —mover los montes, repartir la hacienda a los pobres o disfrutar de algún carisma—, no sirve para nada sin amor y es como una campana que suena o un címbalo que retiñe (1 Cor., 13, 1-3), no afirma sólo una verdad religiosa, sino que manifiesta un presupuesto anterior: la exigencia de una interioridad para valorar los gestos y expresiones externos. La lucha contra este vacío en el culto litúrgico y en la práctica moral ha sido constante en la revelación. Y es que la vida religiosa y ética, sin la entrega total desde el interior, es un puro formulismo mentiroso y un engaño tan sutil, que deja incluso la satisfacción de una conciencia tranquila.

Igualmente en el amor. Si porque se ha dado algo pudiéramos quedarnos tranquilos, como tantas veces sucede, es por no haber comprendido todavía que el único regalo válido tiene que nacer del corazón, que se abre y se despliega en las múltiples pequeñeces de los gestos diarios. Amar es, por tanto, la comunión de dos personas que mutuamente se han ofrecido como regalo su yo más profundo y personal. De aquí se siguen algunas consecuencias importantes.

La primera, sin duda, es la totalidad de esta entrega. Si aquello que tengo puedo repartirlo entre varios, es por tratarse de valores divisibles. El dinero, el tiempo, la atención o cualquier otra cosa quedan distribuidas de tal manera que es posible reservar una parte para mis propias necesidades o para las de otros individuos. Jugamos con cantidades que exigen una división para su reparto. Pero cuando se ofrenda a través de un gesto amoroso el yo único e irrepetible, no hay más remedio que entregarlo en su totalidad. Aquí no es posible la división. Si damos todo lo que somos, el fondo de nuestro ser no admite divisiones, pero si nos damos con reservas y límites, es un síntoma de que sólo se entrega aquello que tenemos, lo que se puede regalar sin necesidad de donarse. Dicho

con otras palabras, la dinámica del amor es totalizante. El que se guarda una zona acotada, que no está dispuesto a ofrecer nunca, es porque no ha llegado a querer con verdad. La reserva es un límite fronterizo que el amor jamás construye.

DIMENSION UNIVERSAL

En segundo lugar, el amor tiene también una dimensión universal, con destino a todos los hombres. No se podría amar y entregarse a más de uno, si el cariño fuese una simple cosa que, cuando se reparte, supusiera una pérdida que no es posible recuperar. Llegaría entonces un momento en que no tendríamos nada que ofrecer, pues todo se habría entregado. El cariño tiene que medirse con otras matemáticas diferentes. El hecho de darlo nunca resta ni empobrece. Al contrario, es la única moneda que se multiplica cuando no se pretende ahorrar. Por ello, si alguna vez se ha descubierto el valor de la persona y se ha experimentado la gracia de una amistad, a través de un individuo concreto, todos los hombres aparecen en el horizonte como una sorpresa inesperada. Es la aurora que viene a iluminar lo que se había perdido en la noche.

El amor se convierte entonces en una fuente inagotable de riqueza abierta a los demás. El vislumbra mejor que ningún otro las posibilidades de realización que anidan en el fondo del hombre. A través de lo que la persona es, se descubren también sus valores inéditos. Este descubrimiento se convierte en una invitación constante para que no permanezcan dormidos y ocultos en el interior. Sentirse de esta manera querido es el regalo mayor que se puede entregar.

Esto no significa que todas las personas sean queridas con la misma intensidad. Las resonancias afectivas no son idénticas, pues psicológicamente es imposible sentir hacia todos la misma fuerza sentimental. Por otra parte, el amor tiene también matices muy diferentes, según las personas hacia quien vaya dirigido. No es igual el cariño de los padres, de los amigos o el de los esposos²¹. Cada uno conserva sus características peculiares, pero todos ellos coinciden en una base común: Se trata de una relación con personas y no con cosas o instrumentos. El que haya aprendido a querer una vez, está ya preparado para relacionarse con otros con una tonalidad de espíritu apropiada. Ha descubierto el único camino

²¹ Cf. análisis de los diferentes matices en E. FROMM, *o. c.*, pp. 60-99.

que puede conducir algún día a las puertas de la intimidad. Aunque no llegase a conseguirla, existe ya una presencia embrionaria con posibilidad de un desarrollo ulterior o, al menos, esta siembra impediría siempre cualquier otra postura ilegítima. Todo hombre merece un respeto impresionante a su personalidad. Si esta actitud de fondo no se encuentra ante cualquiera, habría que poner en duda la autenticidad de los otros cariños, pues lo primero que enseña el amor es el conocimiento de lo que significa ser persona: Alguien que vale por sí mismo y que supera la categoría de lo útil y práctico.

HACIA UNA FIDELIDAD ETERNA

Finalmente, el amor supone una estabilidad y permanencia, algo muy próximo a lo que llamamos perpetuidad, pues si las cualidades psíquicas o físicas son factibles de cambio, el ser de la persona, lo que constituye su meollo más auténtico, es algo que permanece por encima de todas las mutaciones. La historia de cada uno lleva consigo un proceso constante de evolución, en el que lo mismo que adquirimos nuevas realidades, estamos sometidos a la pérdida de otras muchas. Si amo a la persona, la seguiré queriendo a pesar de sus cambios superficiales, porque la razón de mi entrega se apoya precisamente en algo que no pasa, ni podrá desaparecer.

Por eso, el amor va más allá todavía de la muerte, cuando el cuerpo ha desaparecido y sólo queda la presencia intocable del recuerdo. En contra de lo que pudiera parecer, la misma existencia ocupa un plano secundario, no porque el amor no busque una encarnación visible y cercana, sino porque el motivo que ya lo sustenta se ha hecho independiente de la misma corporalidad. Existe sin necesidad de que el otro se halle presente.

Cuando hoy se constata el miedo, tal vez con más intensidad que en otras épocas, a un compromiso definitivo, a lo mejor la explicación podría encontrarse por aquí. La fidelidad no es un problema exclusivo de sentimientos. Es un caminar por encima de los estados actuales de conciencia, un superar el trágico mundo del haber, de lo cósmico, para reconquistar la firmeza del ser. La ignorancia de lo que vaya a pasar da al juramento su verdadero valor meritorio, pues supone que el compromiso no está hecho con la imagen que se forma o quisiera del otro, al que no se

intenta limitar en el futuro con ningún esquema, sino que la palabra fiel se ha convertido en una invitación a que la otra persona se realice como tal y me reconozca a mí también como sujeto libre y responsable. La única forma de vencer el fracaso y el suicidio del amor no está en huir del compromiso —esto sería más bien un miedo cobarde e inmaduro— sino en llegar a la plenitud del ser, si es que de verdad ha existido cariño.

La rivalidad excesiva del celoso es el miedo de que pueda surgir un competidor inesperado. Quien ama es lógico que sienta el dolor de una pérdida posible. Por ello, los celos son también síntomas de que la persona no resulta indiferente, aunque a veces nazca de un ansia de posesión por mantener un objeto patrimonial que interesa conservarlo. Pero si este riesgo existe, la forma de remediarlo no es la cárcel ni el castigo. Ello supondría que en esas condiciones la relación amorosa ha dejado de existir y el excesivamente celoso termina por provocar aquello que teme, porque el amor no se desea vivir nunca como un servicio obligatorio y a la fuerza. La fidelidad es una exigencia, pero que sólo puede plantearse al amante, nunca a la persona amada²². Frente a una sociedad utilitarista, en que las cosas están hechas cada vez más para un servicio momentáneo, tenemos que afirmar con más fuerza que nunca que el amor es un gesto fiel transido de eternidad.

CARACTERÍSTICAS DEL AMOR CONYUGAL

El amor conyugal tiene todavía otros rasgos que lo especifican y distinguen de los demás. Diríamos, de forma sintética, que adquiere un carácter exclusivo y totalizante. Así como la amistad puede repartirse entre varios, aunque con una intensidad diferente según hemos visto, el amor no se hace conyugal mientras no se descubra en el tú ajeno a la persona única e insustituible. Es la experiencia afectiva más profunda que se pueda sentir: en el mundo no hay nadie con tanto relieve y significado como esa persona singular. Por eso vale la pena entregarle la propia vida como el regalo más valioso que se le puede ofrecer. Desde ahora en adelante hay un alguien que ha cambiado el centro de gravedad y que representa la ilusión más bella en el áspero camino del vivir. Se ha vivenciado de pronto, como una gracia inaudita, que la felicidad no tiene

²² Ver *Christus*, 20 (1973), núm. 77, dedicado a la fidelidad.

otra meta que el servicio, la abertura y la comunión total con el ser amado.

Esto provoca en el otro un cierto narcisismo, porque le hace sentirse cargado de un impresionante valor. Ser amado así significa conocerse, a pesar de la propia pobreza y limitación, como una persona tan grandiosa que no admite ninguna rivalidad. Es el gozo de saber que, al menos para la otra persona, no existe nadie que pueda valer tanto como el propio yo. Pero si hay un amor recíproco, la gratificación producida se acepta no para sumergirse y recrearse solitariamente con ella, sino porque se ha comprendido que en esa inmensa alegría personal ha puesto el otro su propia felicidad. La respuesta mayor del amante será entonces precisamente ésta: darle también la dicha infinita de ver que ha conseguido la mejor ilusión que tenía, la plena felicidad del amado. A estas alturas, si la infidelidad del otro provoca un amargo dolor, no es tanto por el hecho de haberlo perdido, es más bien la pena de constatar en su conciencia la propia ineficacia para hacerlo feliz.

La más grave dificultad contra lo afirmado hasta ahora sería considerarlo como demasiado utópico e ingenuo. Cuando observamos las formas de amor ordinarias, tal y como se conocen en la mayor parte de nuestra sociedad, es cierto que no podemos encontrar mucho parecido con el esquema anterior. Algunos creerán incluso que se trata de un intento imposible. El hombre está podrido en lo más íntimo de su naturaleza y ha destrozado por completo la dinámica del amor. Tal vez con esto se pretenda encontrar una justificación al propio fracaso, pero lo que no cabe duda, como la experiencia también lo señala, es que la aspiración hacia esa meta es una posibilidad al alcance del hombre. No será fácil subir hasta el extremo y remontarse hasta la cumbre más alta, pues la única benevolencia total se da en Aquel que no tiene indignancia ninguna, pero un intento de ascensión progresiva, de avance continuo, una ilusión de subida hacia el ideal queda dentro de nuestra pobre libertad. Como decía Goethe: «Es algo así como lo negro de la diana en el blanco, hacia lo que hay que mirar siempre, aunque no siempre pongamos en él el tiro»²³. La ética impulsa semejante tentativa para que no nos quedemos dormidos en la comodidad, para que, aunque hayamos desviado la mirada, no permanezcamos satisfechos en el fracaso.

²³ Tomado de V. E. FRANKL, *o. c.*, p. 203.

APLICACIONES AL CAMPO DE LA SEXUALIDAD

Si aplicamos ahora estas exigencias fundamentales del amor al campo de la sexualidad, nos daremos cuenta de las numerosas actitudes negativas que pueden instalarse, sobre todo, en ese tipo de relación. El deseo sexual surge a veces vacío y solitario, como una simple tendencia que busca la satisfacción inmediata de una necesidad. Actitud primitiva en la que toda forma de encuentro corporal está motivada por el gusto del placer. La persona es querida como un vulgar instrumento capaz de producirlo, y de ahí todo el interés «amoroso» por ella. Esta conducta aparece desnuda por completo en el hecho de la prostitución, pero no olvidemos que también el matrimonio se vive, en ocasiones no tan raras, como una especie de prostitución permitida y con menos inconvenientes sociales. Para amar al compañero no basta decirlo, y mucho menos con el solo gesto de la entrega corporal. Es necesario que la palabra y el símbolo sean de verdad auténticos y objetivos.

La comunión psíquica con el otro sexo tiene, en parte, el mismo peligro. Su actitud no está motivada por la llamada genésica, sino por otros valores psicológicos más cercanos al centro personal, pero la sensación grata que puede despertarse, aunque no sea de signo venéreo, el gozo agradable del encuentro, es la fuerza mayor que estimula. Aquí también es posible una conducta demasiado superficial.

Es el fenómeno que aparece en el flirteo y en todos los juegos eróticos. en los que muchas veces las relaciones se estancan sin una búsqueda de la personalidad exclusiva del otro. Lo único que se aprecia y estima es justamente lo que otro cualquiera nos puede entregar. No es una persona determinada y concreta, es en el hombre o en la mujer como símbolo típico, como objeto de atracción genésica, donde se haya el motivo de satisfacción. Son valores canjeables, que resultan útiles para tener o divertirse, pero que no se consideran como definitivos. Están sujetos, en último término, a la utilidad que reporten en cada ocasión. La pura relación erótica huye de cualquier compromiso. El énfasis que manifiesta es completamente provisional, pues todo su interés apunta hacia los aspectos superficiales. La acentuación excesiva de la belleza o de las formas del cuerpo, la simpatía y el misterio del otro sexo, el intento de llamar la atención para que los demás se fijen en las apariencias demuestran una falta de seriedad y comunión personal

por quien se acerca o se ofrece de esta manera. No existe la ilusión de encontrarse con seres humanos.

La moralidad de ciertos espectáculos no reside tanto en el peligro sexual que encierra, sino en la forma de enfrentarse con una persona como puro objeto de interés banal. Lo único que interesa es lo que menos tiene de persona, aquello que la deja difuminada y la transforma en un producto apetecible de la sociedad de consumo. La mujer que viva a este nivel superficial podrá tener mucho éxito con los hombres, pero sólo mientras éstos no pretendan otra cosa que una diversión entretenida.

Por ello, no basta tampoco el simple sentimiento de haberse enamorado. El enamoramiento tiene plena validez como etapa pasajera. Es el momento en que los rasgos de la otra persona comienzan a tomar relieve sobre cualquier otra y conmueven la propia emotividad. Supone el nacimiento de una atención peculiar y recíproca como preludio de una nueva realidad que se vislumbra cercana, pero la preeminencia del sentimiento sobre el amor verdadero es demasiado evidente. La gratificación afectiva que produce tal situación está llena todavía de excesivas impurezas psíquicas. En esas circunstancias es muy difícil conocer con objetividad y realismo. Sólo cuando ese proyecto se haya hecho real o haya desaparecido de en medio se podrá comprender lo mucho que faltaba para un amor verdadero. El egoísmo habrá tenido, mientras tanto, ocasiones suficientes de actuar, sin que siempre se haya advertido su presencia. La tragedia vendría después, en caso de llegar al matrimonio con este pequeño fundamento, y no se consiguiera alcanzar una maduración posterior. La razón última de todo esto es la misma que hemos dicho: el riesgo existente de no penetrar hasta el corazón de la persona, de quedarse en la superficie afectiva que la rodea y que pudiera impedir el encuentro íntimo con su verdad.

CONTENIDOS BASICOS DE LA MORAL SEXUAL

EXIGENCIAS PERSONALES

En este contexto la ética sexual aparece como una exigencia básica de la conducta humana, como un requisito insustituible del mismo amor. Frente a la ambigüedad y anarquía del sexo, la moral debe ser el cauce que oriente su humanización, un intento

serio para que la sexualidad como fuerza constructora del ser humano, como diálogo comunitario entre hombre y mujer y como encuentro conyugal totalizante se viva en un clima de ternura, de respeto, de cariño y de comprensión. Hay que impedir a toda costa que se convierta en un obstáculo para la maduración oblativa de la persona, desintegrante de la armonía y plenitud que hemos de buscar en nuestra propia autorrealización. Su tendencia estática hacia los demás, como forma de intercomunidad sexuada, postula un impresionante respeto ante el otro para que nunca se sienta poseído ni utilizado. Que cualquier signo de relación a través del gesto, mirada, palabra o cercanía no viole el misterio y la dignidad de su persona, ni olvide lo que ello significa: algo más que estancarse en la superficie de su cuerpo o de su piel²⁴. La entrega completa en el matrimonio supone finalmente la totalidad de un amor hecho fecundo, generoso y responsable.

Toda norma sexual, por tanto, en cualquiera de los niveles que se aplique, busca mantener por encima de todo la pureza y la verdad del cariño, descubrir la superficialidad de los sentimientos, desenmascarar los engaños sutiles, impedir la comercialización y el juego con las personas, poner en guardia contra los peligros del placer, impedir un estancamiento en el desarrollo y maduración del hombre, no dejar arrastrarse por el instinto que dificulta la relación de un diálogo transparente, respetuoso y sensible. Se trata de condenar, en una palabra, la mentira de nuestras actitudes que adjetivamos muchas veces como amorosas.

EXIGENCIAS COMUNITARIAS Y SOCIOLÓGICAS

Pero su grito de protesta no ha de levantarse sólo contra los individuos, como únicos causantes de tales situaciones, sino contra la sociedad en que estamos viviendo y que ha adulterado de muchas maneras el significado y humanismo del sexo²⁵. Resulta

²⁴ Cfr. las reflexiones de P. LAÍN ENTRALGO sobre las formas deficientes del encuentro en *Teoría y realidad del otro*. Vol. II. Madrid, 1961, páginas 135-152.

²⁵ Pienso de una manera concreta en los análisis que MARCUSE ha hecho sobre el significado social de la sexualidad. Prescindiendo ahora de la objetividad de todas sus afirmaciones, y sin entrar en la crítica que ha motivado su pensamiento, hay una conclusión que parece evidente: la necesidad de una reforma social para que el hombre pueda vivir el sexo de una manera humana y positiva. Cf. *Eros y civilización*. Barcelona, 1968, y *El hombre unidimensional*. Barcelona, 1969. Para ver algunos de los pro-

demasiado difícil conseguir la meta apuntada si no existe un ambiente más purificado de tantas falsificaciones. Cuando la sexualidad se legitima como puro valor de consumo, como búsqueda compensatoria de fracasos y esclavitudes afectivas, laborales o económicas, cuando lo normal y ordinario se impone como modelo de conducta, lo más opuesto precisamente a la dignidad del sexo, se requiere mucha autonomía y fortaleza para no caer en los esquemas de comportamiento ajenos a nuestro ideal.

Si la educación es un elemento insustituible, sería absurdo presentar una ética que no tuviese en cuenta los presupuestos básicos para que aquella pudiera efectuarse. Educar es hacer al hombre sensible para sentirse impresionado por los valores humanos, aquellos que corresponden a las exigencias más íntimas y personales, pues constituyen una llamada a su libertad responsable, una invitación cálida al abandono de formas que obstaculizan la realización de su propio proyecto vital. A medida que el hombre, dentro siempre de sus posibles limitaciones, se vuelve dócil y queda seducido por la luz del valor, su historia se transforma y progresa por los cauces del bien.

Esta sensibilidad valorativa no es posible sin un mínimo de cultura y formación, lo que equivale a exigir un clima humano y unas bases económicas suficientes. La atmósfera que el niño respira desde su nacimiento es un condicionante profundo de su maduración posterior. Si no ha podido descubrir en su ambiente lo que significa querer y aceptar a una persona, si no ha existido una economía que elimine multitud de problemas de toda índole, difícilmente podrá conseguirse una mayor maduración de su sexualidad. Hay que ver y protestar primero por las condiciones de ciertas viviendas, por el trabajo agotador que aliena, por la ignorancia elemental, por la situación de las familias rotas, en función de unos ingresos mayores, que motivaron la ida al extranjero, por las relaciones sociales en la empresa y los egoísmos humanos, por tantas experiencias lamentables y trágicas, triste patrimonio de aquéllos a los que la vida no ha sonreído con demasiada fortuna, antes de imponer una determinada moral.

Decirles que la sexualidad es un lenguaje de amor, cuando apenas si han aprendido a hablar como hombres, es una especie de burla perversa. Algunas normas elementales socialmente aceptadas sirven para regular un cierto comportamiento, pero mientras no

blemas que plantea al cristianismo, J. M. POHIER, «¿Es unidimensional el cristianismo?», *Concilium*, 65 (1971), 187-199.

tengan acceso a un nivel humano superior, no hay derecho a exigirles mucho más, entre otras razones porque utilizaríamos un idioma que les resulta desconocido e incomprensible. Sería el absurdo de enseñar a leer a quien no sabe todavía el abecedario.

«En este caso, como entre tantos otros, el camino verdaderamente real de la moralidad sexual pasa por la transformación de las condiciones económicas. No me meto en cómo llevarlas a cabo. Pero lo que no se puede negar de ninguna manera es que es esa transformación social lo que quiere la moral sexual y no seguir predicando y condenando tranquilamente instalados en un confort —quizá bien relativo— adquirido precisamente gracias al trabajo de esas gentes»²⁶.

VALORACION DEL PECADO SEXUAL

Así pues, la moral explícita como exigencia lo que la naturaleza misma de la sexualidad postula. Éticamente será positivo todo comportamiento que ayude a la consecución de los objetivos propuestos. Por el contrario, y desde un punto de vista negativo, el pecado va a consistir en una búsqueda deshumanizante, egoísta y privada de contenido amoroso. Toda falta se convierte, por este motivo, en una individualización aislante de la sexualidad, en cuanto que desintegra y rompe el sentido relacional o mantiene paralizada su evolución. La ética tiene, por tanto, como quehacer fundamental la ruptura de todo narcisismo. Pero, ¿cómo podemos valorar la importancia de estos comportamientos negativos?

Las dos fuentes de la moral católica han sido siempre la palabra de Dios, explicada por la Iglesia, y la reflexión humana sobre las exigencias de la ley natural. Sin embargo, cuando queremos catalogar la gravedad de un pecado no basta acudir con ingenuidad a cualquier cita de la Escritura, pues las categorías en que ella se mueve no corresponden a las nuestras tradicionales. Decir que la fornicación o impureza es un pecado mortal porque «quienes hacen tales cosas no heredarán el reino de los Cielos» (Gal., 5, 21), es omitir que, para San Pablo, la misma consecuencia producen las discordias, envidias, rencillas, divisiones, iras y celos, que no alcanzan de ordinario en nuestra moral una idéntica condenación. Aunque la impureza aparece como pecado importante, no es fácil deducir de tales afirmaciones la dosis de culpabilidad que encierra, de acuerdo con la división entre pecado mortal y venial. Por ello,

²⁶ M. BELLET, *Realidad sexual y moral cristiana*. Bilbao, 1973, p. 70.

no queda otro camino que la meditación sobre el significado del sexo para descubrir el valor ético pisoteado en una conducta desordenada²⁷.

La moral tradicional ha clarificado con exactitud los pecados en esta materia. Cualquier comportamiento aislado y solitario (masturbación) que no suponga una relación humana (bestialidad, masoquismo, fetichismo, etc.) o con personas del otro sexo (homosexualidad), sin amor (prostitución) o sin estar ya institucionalizado (relaciones pre-matrimoniales), que niegue la procreación (anti-conceptivos) o la fidelidad del matrimonio (adulterio), lo considera siempre como pecaminoso. En abstracto, no podemos negar la objetividad de tales afirmaciones. Cualquiera de ellas señala un atentado contra algunas de las exigencias inherentes a la sexualidad. Cerrarse al amor o a su tendencia fecunda es la razón de fondo para cada una de esas condenas. El interés específico de la moral radica en la defensa de ambos aspectos, que han de ser asumidos en una tarea responsable. El hombre que no se preocupa por evitar los riesgos del instinto e integrarlo armoniosamente en su personalidad de acuerdo con estas orientaciones, está cerrado a un valor serio y trascendente. Desde una perspectiva ética habría que designar esta postura como pecado grave. Es la negativa a una exigencia básica del ser humano, como grave sería la actitud de quien no se preocupase en absoluto por la veracidad de sus relaciones con los demás. Al descender a los actos concretos, por el contrario, las enseñanzas de los manuales han sido valoradas hoy con nuevas matizaciones.

EL PROBLEMA DE LA GRAVEDAD

El principio básico de la *no parvedad de materia* resulta ya para muchos de un rigorismo excesivo y poco fundamentado²⁸. Con él se aceptaba en la práctica que, fuera del matrimonio, cual-

²⁷ A. HUMBERT, «Les péchés de sexualité dans le Nouveau Testament», *Studia Moral.*, 8 (1970), 149-183. T. C. DE KRUIJF, *La sessualità nella Bibbia*. Bari, 1968.

²⁸ M. VIDAL, *Moral del amor y de la sexualidad*. Salamanca, 1971, páginas 264-274. A. HORTELANO, *El amor y la familia en las nuevas perspectivas cristianas*. Salamanca, 1974, pp. 103-105. A. VALSECCHI, *Nuove vie dell'etica sessuale*. Brescia, 1972, pp. 93-94. B. HARING, *Shalom: Paz. El sacramento de la reconciliación*. Barcelona, 1970, pp. 227-228. G. TEICHTWEIER, *La realtà e il significato della sessualità umana per la vita cristiana*, en *L'uomo e la sua sessualità*. Brescia, 1968, pp. 59-67.

quier acto venéreo directamente voluntario, por muy pequeño e insignificante que fuese, debía considerarse como materia grave e importante. Es decir, que a no ser por falta de libertad o conocimiento subjetivo, supondría siempre un pecado mortal.

La unanimidad de esta doctrina, salvo raras excepciones, ha sido constante en la historia desde el siglo XVI²⁹, sin embargo, este convencimiento no parece fundamentarse en motivos racionales, sino más bien en otros factores ajenos a la ciencia moral. Entre éstos, no cabe duda que el decreto del P. Aquaviva, en 1612, prohibiendo a los jesuitas defender, ni siquiera como tolerable, la doctrina de la parvedad de materia, tuvo un influjo extraordinario hasta la época actual³⁰. En esas condiciones, aunque se admitiera oficialmente la posibilidad extrínseca de la sentencia contraria³¹, la casuística moral, que tuvo su origen en la Compañía y cuyos autores fueron criticados de un cierto laxismo, quedó orientada de manera casi definitiva por esta línea rigorista.

Por eso, al leer los diversos autores, resulta curioso y llamativo no encontrar nunca una razón válida y convincente para todos³². Dan la impresión de que sólo intentan justificar lo que con anterioridad estaba admitido por un sentido de obediencia. Su fundamentación ética no llega a probar la gravedad de sus conclusiones. El hecho de que la argumentación de unos sea rechazada por otros, y que la de éstos no se admita por los primeros, indica ya una falta de solidez y consistencia. Tal vez una de las razones más convincentes sea el peligro que supone una actuación incoada del instinto sexual. Poner en movimiento un dinamismo como éste incluye el

²⁹ J. M. DÍAZ MORENO, «La doctrina moral sobre la parvedad de materia "in re venerea" desde Cayetano a S. Alfonso. Estudio antológico y ensayo de síntesis», *Arch. Teol. Granad.*, 23 (1960), 4-138. E. ORSENIGO, «La parvitá di materia nella luxuria: riflessioni storico-dottrinali», *Scuol. Catt.*, 92 (1964), 425-442.

³⁰ La Congregación General IX extendió la prohibición del P. Aquaviva sobre la lujuria procurada a la lujuria libremente admitida. Ver fuentes y bibliografía en el artículo de E. ORSENIGO de la nota anterior.

³¹ Cf. la respuesta de Roma a la provincia franco-belga sobre la probabilidad de la sentencia contraria: «Vir doctus qui se accusat de venereis tamquam de peccatis sua opinione (quam non vult deserere) solum venialibus ob levitatem materiae (non obstante decreto) a confessario Societatis absolvi potest et debet», J. ADLOFF, *Luxure*, en *D. T. C.*, cc. 1342-1343.

³² El juicio de DÍAZ MORENO sobre los dos argumentos fundamentales aportados es el siguiente. Sobre el primero de la ordenación natural al placer completo «nos interesa dejar anotado que, aunque los últimos principios experimentales en que se apoyan, no sean totalmente valederos, es con todo un notable intento de análisis...» Y sobre el peligro próximo de un consentimiento ulterior: «No será un argumento apodíctico, pero sí una razón bastante satisfactoria», *a. c.*, pp. 137-138.

riesgo de no poderlo detener cuando se quiera, como el que se lanza por una pendiente helada e intentara pararse a mitad de camino. Pero aun así, no resulta claro el porqué la más mínima aceptación tiene que ser mortal en este terreno, y en otros muchos, con los mismos peligros, podrá considerarse sólo como venial. La discriminación efectuada entre el sexo y los restantes problemas éticos es demasiado evidente para que no surjan sospechas sobre su falta de objetividad. A lo mejor, si hubiéramos tomado en serio las afirmaciones tan repetidas de Cristo sobre el peligro de las riquezas y la experiencia histórica de tantas injusticias elaboradas con el dinero, nuestra moral económica sería hoy mucho más rigurosa que la ética sexual. El Evangelio, al menos, se muestra mucho más comprensivo con las deficiencias sexuales, aunque también las condena, que con otros pecados en los que hemos admitido una benevolencia mayor para no enjuiciarlos siempre como graves. Lo que Häring apunta como una regla de prudencia y un aviso contra la ligereza de comportamiento —para justificar la moral anterior— no puede constituir en todas las circunstancias un pecado mortal³³.

NUEVAS MATIZACIONES

La malicia del acto no depende del placer, como ya vimos, sino de la renuncia y negativa a vivir los valores de la sexualidad, que en esa postura concreta se eliminan. Esto significa la posibilidad de una valoración que matice con mayor exactitud lo que antes se consideraba, en toda hipótesis, como materia grave de pecado. No sólo por razones subjetivas, como diremos en seguida, sino por la misma naturaleza del acto, no se podrá admitir la gravedad ética de una conducta que no hiera profundamente el sentido de la realidad sexual.

Por otra parte, la abundante superproducción de pecados mortales en nuestra moral ha descendido de forma impresionante en la actualidad. No se trata de presentar la misma casuística, pero ahora a precios rebajados para la utilidad del cliente, sino de un esfuerzo por la pureza y verdad de la mercancía. Es la consecuencia lógica de un análisis, que ha penetrado mucho más a fondo en la esencia misma de lo que significa una ruptura con Dios. Toda la literatura en torno a la opción fundamental ilumina, con una

³³ B. HÄRING, *La ley de Cristo*, III. Barcelona, 1968, pp. 305.

nueva visión más realista y evangélica, el valor ético de nuestros actos particulares. Ellos participan de la moralidad en la medida que sirven para crear, mantener o producir un cambio de actitud. Serán buenos o malos en cuanto colaboran o dificultan la realización del ideal que nos hayamos propuesto. Desde esta perspectiva no sería necesario insistir tanto en la gravedad mayor o menor de la materia, sino en descubrir la expresividad humana del acto y ver si posee la tensión indispensable para romper con la opción tomada³⁴.

Todo esto no puede eliminar la condena objetiva de tantos comportamientos ilícitos. Nadie podrá decir que la masturbación, como forma aislada y solitaria, sea el mejor camino para vivir la sexualidad, o que una vida conyugal, cerrada caprichosamente a la procreación, constituya el ideal del matrimonio. Creemos en la existencia del pecado y del pecado mortal, pues humanamente sería ingenuo lo contrario y teológicamente una barbaridad, pero no estamos tan seguros de las aplicaciones rigurosas en algunos casos, ni que todos los actos concretos expresen siempre un cambio profundo de actitud. En este sentido, la claridad tradicional en la clasificación de los pecados queda algo difuminada. Algunas veces tendríamos que admitir aquí una «docta ignorantia» humilde y sincera. No es problema de matemáticas, sino una valoración compleja de muchos elementos, que no resulta fácil dilucidar en todas las ocasiones. Una aplicación detallada de estos principios hay que dejarla para el análisis de los casos y situaciones concretas.

E. LÓPEZ AZPITARTE, S. I.

³⁴ Sobre estos últimos temas H. REINERS, *Grundintention und sittliches Tun*. Freiburg, 1966, con abundante bibliografía.